

agarré de entre las maletas un cajón con refuerzos de hierro y en la punta de los pies descendí la escalera de la tía, encogido y rastrero como un perro tiñoso avergonzado de su tía.

¡Apenas traspuse el patio, Vicenta, cumpliendo las órdenes sañudas de la tía, me batió en las espaldas el portón chapeado de hierro!

¡Veíame sólo en la calle y en la vida! A la luz fría de los astros conté en la palma de la mano mi dinero. Tenía dos libras, algunos céntimos y un duro español. Descubrí entonces que la caja cogida tontamente entre las maletas era la de reliquias menores. ¡Complicado sarcasmo del destino! ¡Para cubrir mi cuerpo desabrigoado sólo tenía tablas cepilladas por San José y pedazos de barro de cántaro de la Virgen! Metí en el bolsillo el envoltorio de las chinelas, y sin volver los ojos turbios hacia la casa de mi tía, marché á pie con el cajón á la espalda en la noche llena de silencio y de estrellas, hacia la Baja, hacia el *Hotel de la Paloma de Oro*.

## VI

Al día siguiente, descolorido y miserable, ante una mesa de la *Paloma*, revolvía mi pobre sopa, cuando un caballero con gabán negro, vino á sentarse en el testero de frente junto á una garrafa de Vidago, de una caja de píldoras y de un número de la *Nación*. En su frente, inmensa y arqueada como frontis de capilla, se retorcián dos venas gruesas: y bajo las fosas largas ennegrecidas de rapé el bigote era hecho de pelos grises, duros como las cerdas de un cepillo. El gallego, al servirle la sopa, dijo con agrado:

—Sea bienvenido el señor Lino.

Después del cocido, este caballero me dijo:

—¿Y usted, si no le molesta la curiosidad, viene de las provincias del Norte?

Pasé la mano por los cabellos.

—No, señor... ¡Vengo de Jerusalem

Asombrado el señor Lino, dejó caer la cuchara de arroz. Y, después que hubo rumiado su emoción, confesó que le interesaban mucho todos aquellos lugares santos porque tenía religión, gracias á Dios. Desempeñaba un empleo, también gracias á Dios, en la Cámara Patriarcal...

—¡Ah, en la Cámara Patriarcal!—respondí.—¡Es muy respetable!...—Yo traté mucho á un Patriarca. Traté mucho al señor Patriarca de Jerusalem. Un caballero muy santo, muy querido. Hasta concluimos por tratarnos de *tú*.

El señor Lino me ofreció de su agua de Vidago y comenzamos á hablar acerca de las tierras de la Escritura.

—¿Qué tal Jerusalem en tiendas?

—¿Cómo tiendas? ¿Tiendas de modas?

—No—atajó el señor Lino.—¡Quiero decir tiendas de santidad, de reliquias, de cosas divinas!...

—Menos mal... Está Damiani en la Vía Dolorosa que tiene de todo, hasta huesos de mártires... Pero lo mejor es que cada uno busque, escudriñe... ¡Yo, en cosas de esas, traje maravillas!

Una llama de singular codicia avivó los ojillos del señor Lino, de la Cámara Patriarcal. Y de repente, con una decisión de inspirado, exclamó:

—¡Andrés! ¡Tráenos Oporto!

El señor Lino me ofreció una copa llena.

—¡A su salud!

—¡Con la ayuda del Señor, á la de usted!

Por cortesía convidé á aquel hombre que, gracias á Dios, tenía religión, á entrar en mi cuarto y admirar las fotografías de Jerusalem. Aceptó con alborozo; y apenas traspuso la puerta corrió sin etiqueta, golosamente, á mi lecho donde se veían extendidas algunas de las reliquias que yo desembaralara aquella mañana.

—¿Le gusta al caballero?—exclamé desenvolviendo una vista del Monte Olivete y pensando regalarle un rosario.

El daba vueltas en silencio entre sus manos gor-

das, de uñas roídas, á un frasco de agua del Jordán. Lo olió, lo pesó.

Después, muy serio, con las venas entumecidas en la vastísima frente:

—¿Tiene atestado?

Le alargué la certificación del fraile franciscano, que la garantizaba como auténtica y sin mixtura, agua bautismal. El saboreó el venerando papel. Después, entusiasmado, dijo:

—Doy por el frasquito seis reales.

En mi intelecto de bachiller entró una ráfaga de sol. ¡Las reliquias eran valores! ¡Tenían la cualidad omnipotente de valores! E, iluminado, comencé insensiblemente á sonreír...

—¡Seis reales por agua pura del Jordán! Poco estima usted á nuestro San Juan Bautista... ¡Seis reales! ¡Hasta ahí llega la impiedad! Tres duros rehusé esta mañana á un fraile de Santa Justa... El hizo saltar el frasco en la palma gorda. Consideró, calculó.

—Doy cuatro duros.

—Vaya, ya que somos compañeros en la *Paloma*.

¡Desde que el señor Lino salió de mi cuarto, con el frasco de agua del Jordán envuelto en su número de la *Nación*, yo, Teodorico Raposo, me encontraba fatalmente, providencialmente, erigido en vendedor de reliquias!...

De ellas comí, de ellas fumé, de ellas amé durante dos meses, quieto, fijo en la *Paloma de Oro*. Casi siempre el señor Lino por la mañana aparecía en mi cuarto, escogía su pedazo de cántaro de la Virgen ó una paja del Pesebre, envolvíalos en la *Nación*, sollaba el dinero y se iba silbando el *De profundis*. Evidentemente, el digno hombre revendía mis preciosidades con gran provecho, porque, aprisa, en su portamonedas de velludo negro, brilló dinero en oro.

Entretanto yo no intentara visiblemente amansar las beatas iras de la tía y adquirir de nuevo su estimación. Me contentaba con ir á la iglesia de Santa Ana vestido de negro. No encontraba á la tía que tenía ahora en el oratorio, todas las mañanas,

misa del torpísimo Negrón. Pero así y todo yo me postraba, golpeando contritamente el pecho, suspirando hacia el Sagrario, cierto de que por Melchor el sacristán las nuevas de mi devoción inalterable llegarían á conocimiento de la hedionda señora.

Este comportamiento era de cierto, grato á los amigos, porque una noche, encontrando á Justino cerca de la casa de Benita la Vejigosa, el digno hombre me dijo al oído, después de asegurarse de que la calle estaba desierta.

—Continúe así. Todo se ha de arreglar. Por ahora está hecha una fiera... ¡Diablo, ahí viene gente!

Y se fué.

Yo continuaba por intermedio de Lino vendiendo reliquias. Comprendí, sin embargo, recordando los compendios de *economía política*, que mis ganancias serían mayores si desentendiéndome de Lino, yo mismo me dirigiese osadamente al consumidor piadoso.

Escribí entonces á las hidalgas, siervas del Señor de los Pasos de la Gracia, cartas con listas y precios de reliquias. Mandé prospectos de huesos de Mártires á iglesias de provincias. Pagué copas de aguardiente á sacristanes para que ellos hablasen de mí á viejas achacosas diciéndoles: «Para cosas de santidad no hay como el señor Raposo, que viene llenito de Jerusalem». Y me sonrió la suerte. Mi especialidad fué el agua del Jordán en frascos lacrados y sellados con un corazón entre llamas; vendí de ésta para comidas, para bautizos, para todo. Coloqué pedazos del cántaro en que Nuestra Señora iba á la fuente, herraduras del burro en que huyó la Santa Familia. Ahora, cuando Lino se acercaba, yo solía decirle:

—¡Todo está agotado!... Venga para la semana... Espero un cajón de Tierra Santa...

Las venas frontales del voluminoso sujeto se hinchaban en su indignación de intermediario expoliado.

¡Bien pronto, empero, reconocí que aquella pro-

fusión de reliquias saturara la devoción de mi país! Lleno de reliquias este católico Portugal, ya no tenía donde pudiese colocarse ni uno de aquellos ramos secos de flores de Nazareth que yo cedía por dos reales.

Inquieto, bajé melancólicamente los precios. Prodigué en el *Diario de Noticias* anuncios tentadores: *Preciosidades de Tierra Santa en la tabaquería Rego...* Muchas veces, disfrazado con un casacón eclesiástico, asalté á las puertas de las iglesias á viejas beatas; ofrecíales pedazos de la túnica de la Virgen María, cordeles de las sandalias de San Pedro y decía con ansia, rozándome en las mantillas y en las tocas: «Muy baratos, señora, muy baratos... ¡Excelente para catarros...!»

Ya debía una suma considerable en la *Paloma de Oro*. Descendía las escaleras silenciosamente para no encontrar al amo y llamaba al gallego «mi Andrés, mi Andrés querido...»

Y ponía toda mi esperanza en un renovamiento de la fe. La menor noticia de fiesta de iglesia me regocijaba como un aumento de religión en el pueblo. Odiaba ferozmente á los republicanos y á los filósofos que intentaban destruir el catolicismo, haciendo, por lo tanto, que disminuya el valor de las reliquias que él instituyó. En el café de la Montaña golpeaba las mesas y gritaba: «Es necesario religión, ¡caramba!» En casa de Benita la Vejigosa amenazaba á las muchachas con no volver por allí, ¡con irme á casa de Adelaida si no usaban escapularios y medallas!... Mi inquietud por el «pan de cada día» fué tan áspera, que de nuevo solicité la intervención de Lino, hombre de vastas relaciones eclesiásticas, pariente de capellanes de convento. Otra vez le mostré mi lecho cuajado de reliquias. Otra vez le dije restregando las manos: «¡Vamos al negocio, amigo mío! Aquí tengo surtido fresco, llegado de Sión!»

Mas del digno hombre de la Cámara Patriarcal sólo recibí recriminaciones...

—¡Esa no pega, señor!—gritó con las venas de la frente hinchadas, próximas á estallar de cólera.

¡Usted fué quien destruyó el comercio!... Está el mercado cargadísimo. ¡Hasta ya no hay siquiera modo de vender un culero del Niño Jesús, una reliquia que se vendía tan bién! Su negocio con las herraduras es perfectamente indecente... ¡Perfectamente indecente! Es lo que me decía hace días un cofrade mío: «Son muchas herraduras para un país tan pequeño». ¡Catorce herraduras, señor! ¡Eso es abusar! ¡Sabe usted cuántos de los clavos con que clavaron á Cristo en la cruz ha colocado, todos con documentos? ¡Setenta y cinco, señor! No le digo más... ¡Setenta y cinco!

Y salió cerrando la puerta de golpe, con furor, y dejándome aniquilado.

Venturosamente, en aquella noche, encontré al *Requebrador* en casa de Benita la Vejigosa y obtuve de él una considerable demanda de reliquias. El *Requebrador* iba á casarse con la señorita de Nogueira, una dama de Beja, rica y beata. El *Requebrador* quería hacerle á la vieja un presente piadoso, todo de cosas del Santo Sepulcro. Le arreglé un lindo cofre de reliquias, en donde coloqué el septuagésimo sexto clavo. Con el generoso dinero que me dió el *Requebrador*, liquidé mi cuenta en la *Paloma de Oro*; y tomé prudentemente un cuarto en la casa de huéspedes de Pita.

\*

De esta suerte disminuía mi prosperidad. Mi cuarto estaba en el último piso; y su mobiliario era muy reducido, casi pobre. Hacía cerca de una semana que estaba instalado allí y que trotaba por Lisboa en busca de una colocación, cuando una mañana el mozo de la *Paloma de Oro* me trajo una carta de luto. La abrí temblando y busqué la firma. Era de Justino.

«Mi querido amigo: cumplo el penoso deber de participarle que su respetable tía sucumbió inesperadamente...»

¡Caramba! ¡Había reventado la vieja! Ansiosamente salté á través de los renglones buscando detalles.—«Congestión pulmonar...» «Sacramentos recibidos...» «Todos apenadísimos...» «El Negrón...»

Pálido, con la frente bañada en sudor, al final de la carta hallé la terrible noticia...—«Del testamento de la virtuosa señora consta que deja á su sobrino Teodorico el antejo que estaba colgado en el comedor...»

¡Desheredado!

Me puse el sombrero y corrí en busca de Justino. Lo hallé con una corbata de luto y la pluma detrás de la oreja, sentado ante la mesa de su escritorio.

—¿Conque el antejo?—grité deteniéndome en la puerta.

—¡Es verdad! ¡El antejo!—murmuró Justino.

Fuí á caer casi desmayado sobre el diván de cuero. Pasándome la mano trémula por la faz lívida, supliqué:

—¡Justino, cuéntemelo usted todo!

Justino suspiró. La santa señora, así gozase de la gloria, le habia dejado dos mil duros... El resto lo había dispersado del modo más incoherente y más perverso. La casa de campo de Santa Ana y cuarenta mil duros, para el Santísimo Sacramento de los «Pasos de la Gracia». Las acciones de la Compañía del Gas y la casa de Linda Pastora para el P. Casimiro, que estaba encamado, casi moribundo. Al padre Piñeiro le legaba una casa en la calle del Arenal. La deliciosa quinta del Mosteiro con su pintoresco portal de entrada donde campeaban todavía las armas de los condes de Lindoso, las inscripciones del Crédito Público, el mobiliario del Campo de Santa Ana y el Cristo de oro, habían sido legados al padre Negrón. Tres mil duros y el reloj al doctor Margaride. A Vicenta, las ropas de cama. A mí, el antejo.

Regresé, lleno de abatimiento, á mi casa de huéspedes. Durante horas, con los ojos llameantes, paseándome en chinelas acaricié el deseo desesperado de ultrajar el cadáver de aquella vieja, escupiéndole sobre la carota lívida, agujereando con un bastón la podredumbre de su vientre. Llamé contra ella todas las cóleras de la Naturaleza. Rendido de odiar, me dormí. Fué el patrón de la casa quien me despertó al anoecer entrando con un largo

envoltorio. Era el antejo. Me lo mandaba Justino con estas palabras amigas: «Ahí va la modesta herencia».

Encendí una vela. Con áspera amargura tomé el antejo y abrí el cristal. Miré por él como desde la borda de una nave que va perdida en las aguas. Muy vagamente había afirmado Justino que la asquerosa doña Patrocinio me dejaba el antejo, con rencoroso sarcasmo, para que viese cómo se iba la herencia. Lo arrojé lejos de mí. Fué rodando hasta el pie de la sombrerera donde guardaba el capacete de corcho de mi jornada por las tierras del Señor. Allí estaban juntos aquel capacete y aquel antejo, emblemas de mis dos existencias: la del esplendor y la de la penuria. ¿Y todo por qué? Porque un día, en una ciudad del Asia, se habían trocado dos envoltorios de papel pardo. ¡Jamás se había dado una burla más cruel de la suerte!

A una tía que odiaba el amor como cosa inmunda y que solamente esperaba para nombrarme su heredero que yo, desdeñando las faldas, le buscase en Jerusalem una reliquia magna, le traía la camisa de dormir de una guantera. ¡Oh, Dios, dime tú! ¡Dime tú, oh demonio, cómo se hizo, cómo se realizó aquel cambio de los dos envoltorios que es la tragedia de mi vida!

Cierto que eran semejantes en el papel, en la forma y en el bramante que los ataba. El de la camisa yacía en el fondo de un armario ropero; el de la reliquia campeaba sobre la cómoda. Nadie los había tocado: ni el alegre Potte, ni el erudito Topsisius, ni yo. Nadie, con manos humanas, con manos mortales osara mover los dos envoltorios. ¿Quién los había movido entonces? Sólo alguien con manos invisibles.

Cuando así cavilaba encontré fríamente clavados en mí, como gozando aquella derrota de mi vida, los ojos nublados de un Cristo que había en la alcoba.

—¡Fuiste tú, grité de repente iluminado y comprendiendo el prodigio! ¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! Y,

cerrando los puños, desahogué cumplidamente las quejas y agravios de mi corazón.

—Sí, fuiste tú quien transformaste ante los ojos beatos de aquella vieja inmunda la Corona de tu leyenda en la camisa de dormir de Mary... ¿Y por qué? ¿Qué te hice yo? ¡Dios ingrato y variable! ¿Donde, cuándo gozaste tú devoción más perfecta? ¿No acudía todos los domingos, vestido de negro, á oír las misas mejores que te ofrece Lisboa?

Súbitamente ¡oh maravilla! el Cristo pareció adelantarse hacia mí sin desclavar los brazos del madero y crecer hasta tocar el techo, no menos bello en majestad y brillo que el sol al salir de los montes. Dando un grito caí de rodillas. Como un rumor manso de brisa entre jazmines, sentí una voz reposada y suave.

—Cuando tú ibas á una iglesia era para mostrar servilmente á tu tía tu piedad: jamás hubo oración en tus labios, ni humildad en tu mirada que no fuese para catequizar á tu tía. Tú fuiste eternamente el *Hipócrita*. Has tenido dos existencias: una ostentada delante de tu tía, toda de rosarios, de ayunos, de novenas; otra, lejos de tu tía, subrepticia, toda de gula, de bajos apetitos, llena de Adelina y de Benita la Vejigosa... ¡Has mentido siempre! Sólo fuiste verdadero para el cielo y verdadero para el mundo cuando rogabas á Jesús y á la Virgen que reventasen cuanto antes á la vieja. Después resumiste toda tu vida de lodo y de falsedad en un envoltorio de papel pardo, donde habías atado una rama tan falsa como tu corazón. Pero en otro envoltorio parecido has paseado por Palestina la irrecusable evidencia de tu liviandad. Justicieramente aconteció que el envoltorio que ofreciste á la tía, y que la tía abrió fué aquel que revelaba claramente tu perversidad. Esto te prueba, Teodorico, la *inutilidad de la hipocresía*.

Yo gemía sin osar levantar la cabeza. La voz susurró, lenta y misteriosa como el viento, de la tarde entre las ramas:

—Yo no sé quién hizo ese cambio picaresco y terrible de los dos envoltorios: ¡Tal vez tú mismo!

Pero tus tedios de desheredado no provienen de esa mudanza de espinas en encajes, sino de vivir dos vidas: una verdadera y de iniquidad, otra fingida y de santidad. Ahí está, Teodorico, la enseñanza de *cuán inútil es la hipocresía*.

Postrado de hinojos, yo extendía abyectamente labios hacia los pies del Cristo, transparentes, suspendidos en el aire, con clavos que despedían trémulos resplandores de joya. La voz pasó sobre mí, llena y rumorosa, como la ráfaga que inclina los cipreses.

Tú dices que yo te persigo. No. Cuanto te ocurre, es obra de tu vida. Yo no la construyo; asisto á ella y la juzgo plácidamente. Todo depende meramente de tí y de tu esfuerzo de hombre... Escucha todavía. ¿Acaso no recuerdas mi voz? No soy Jesús de Nazareth, ni ningún otro Dios creado por los hombres... Soy anterior á los dioses transitorios. Ellos nacen dentro de mí; dentro de mí viven; dentro de mí se transforman; dentro de mí se disuelven: eternamente permanezco en torno de ellos y superior á ellos, concibiéndolos y deshaciéndolos, en el perpetuo esfuerzo de realizar, fuera de mí, el Dios absoluto que en mí siento. Me llamo *Conciencia*. Soy en este instante tu propia conciencia reflejada fuera de tí, en el aire y en la luz, y tomando ante tus ojos la forma familiar bajo la cual tú, educado en la superchería y poco filósofo, estás habituado á comprenderme... Sin embargo, basta que te alces y me mires para que la imagen resplandeciente se desvanezca.

Levanté los ojos y todo había desaparecido.

Entonces, transportado, como ante una evidencia de lo sobrenatural, levanté los ojos al cielo y clamé:

—¡Oh, mi Señor Jesús, Dios é Hijo de Dios, que te encarnaste y padeciste por nosotros!...

Pero enmudecí. Aquella inefable Voz resonaba aún en mi alma mostrándome la *inutilidad de la hipocresía*. Consulté mi conciencia, y seguro de no creer que Jesús fuese hijo de Dios y de una mujer casada en Galilea, como Hércules era hijo de Júpiter.

pitier y de una mujer casada de Argólida, escupí de mis labios, tornados para siempre verdaderos el resto inútil de la oración.

\*

Al siguiente día, casualmente, entré en el jardín de San Pedro de Alcántara, sitio que no pisara desde mis años de latín. Y á poco encontré á mi antiguo amigo Crispín, hijo de Téllez Crispín, y C.<sup>a</sup> con fábrica de hilados en Pampulla, camarada á quien no había visto desde que me gradué de bachiller. Era este el grueso Crispín, que entonces, en el colegio de los Isidoros, me daba besos voraces en el corredor y me escribía por la noche billetes ofreciéndome cajas de plumas. El viejo Crispín había muerto; Téllez, rico y obeso, pasara á vizconde de San Téllez; y este mi querido Crispín ahora era la Firma.

Cambiado un ruidoso abrazo, Crispín y C.<sup>a</sup> notó pensativo que yo estaba muy feo. Después de esto, nombró mi jornada á Tierra Santa (que él había sabido por el *Diario de las Noticias*) y aludió con amistoso regocijo «á la gran fortuna que me debía haber dejado la señora doña Patrocinio de las Nieves»...

Amargamente le mostré mis botas torcidas. Nos sentamos en un banco, junto á una trepadera de rosas; y allí en el silencio, entre aromas, conté á Téllez lo de la funesta camisa de Mary, la Reliquia en su envoltorio, el desastre en el oratorio, el antejo, mi cuarto miserable de la casa de huéspedes.

—De modo, Crispín de mi alma, que me encuentro sin pan.

Crispín y C.<sup>a</sup>, impresionado, retorciéndose los bigotes, murmuró que en Portugal, gracias á la Carta y á la Religión, todo el mundo tenía una corteza de pan; lo que á algunos les faltaba era el queso.

—Pero el queso yo te lo daré, querido—añadió alegremente la Firma, dándome una palmada en las rodillas.—Uno de mis empleados en la fábrica de Pampulla comenzó á hacer versos y á meterse

con actrices... Es muy republicano. Odia las cosas santas... En fin, un horror. ¡Le despedí! Recuerdo, que tú tenías buena letra. Una cuenta de sumar siempre sabrás hacerla... Allá está sin proveerse el puesto del otro. Océpalo tú. Son veinticinco duros... ¡El queso!

Temblándome en las pestañas dos lágrimas, abracé á la Firma. Crispín y C.<sup>a</sup> murmuró otra vez, con cara de quien siente un gusto agrio:

—¡Desvíate, hombre, que estás muy feo!

Comencé entonces á servir con desvelo la fábrica de hilados de Pampulla; y todos los días copiaba cartas con mi letra de hermosas curvas y alineaba guarismos en un extenso *Libro de Caja*. La Firma enseñárame la «regla de tres» y otras habilidades. Y, como de semillas llevadas por un viento casual á un terreno abandonado nacen inesperadamente plantas útiles que prosperan, de las lecciones de la Firma brotaron en mi inculta naturaleza de bachiller en leyes, aptitudes considerables para la explotación del negocio de hilados. Ya la Firma decía admirado, en la Asamblea del Carmen:

—¡Mi Raposo, á pesar de la Universidad y de la ciencia que le metieron en los cascos, tiene disposición para las cosas serias!

Una tarde de Agosto, cuando ya me disponía á cerrar el *Libro de Caja*, Crispín y C.<sup>a</sup> se detuvo ante mi mesa, risueño y encendiendo un cigarro.

—Oye, Raposón: ¿tú á qué misa tienes costumbre de asistir?

Silenciosamente estiré mi manga de lustrina.

—Yo pregunto esto,—añadió la Firma,— porque mañana voy con mi hermana á la «Otra Banda», á una quinta nuestra, á la *Ribeira*. Si tú no estás acostumbrado á otra misa, vienes á la de Santos, á las nueve, nos vamos á almorzar al *Hotel Central* y nos embarcamos luego para Cacillas. ¡Tengo deseos de que conozcas á mi hermana!...

Crispín y C.<sup>a</sup> era un caballero religioso, que consideraba la religión indispensable á su salud, á su prosperidad comercial y al buen orden del país. Sinceramente visitaba al Señor de los Pasos

de la Gracia. y pertenecía á la Hermandad de San José. El empleado, cuyo puesto ocupaba yo ahora, se le había hecho intolerable por escribir en el *Futuro*, periódico republicano, artículos ensalzando á Renán y ultrajando á la Eucaristía. yo iba á decir á Crispín y C.<sup>a</sup> que era tal mi apego por la misa de la Concepción Nueva, que en otra no podía encontrar agrado... Pero recordé la voz austera del Cristo. Mordí la mentira beata que ya me ensuciaba los labios y exclamé muy pálido, pero con firmeza:

—¡Oye, Crispín, yo nunca voy á misa! Todo eso son patrañas... Yo no puedo creer que el cuerpo de Dios esté todos los domingos en un pedazo de hostia hecha de harina. Dios no tiene cuerpo; nunca lo tuvo. Todo eso son locuras. Te digo esto sinceramente. Puedes hacer conmigo lo que quieras. ¡Paciencia!

La Firma me contempló un momento mordiendo los labios:

—Pues, oye, Raposo, me gusta esa franqueza. ¡A mí me agrada la gente llana!... El otro, aquel bellaco que estaba ahí en esa mesa donde tú estás ahora, solía decir cuando yo podía oírle: ¡El Papa, gran persona! Y después se iba por ahí adelante, poniendo al Padre Santo peor que por los suelos. ¡Pues se acabó! No tienes religión, pero tienes hidalguía. A las diez, entonces, en el *Central* y luego, ¡á la *Ribeira*!

De este modo conocí á la hermana de la Firma. Se llamaba doña Jesuina, era bizca y tenía treinta y dos años. Desde aquel día de río y de campo, la riqueza de sus cabellos rubios como los de Eva, su pecho sólido y succulento, su piel color de manzana madura y la sonrisa de sus dientes blancos, hicieronme pensar mucho cuando, al atardecer, fumando una breva yo me retiraba hacia la Baja por el Aterro, mirando los palos de las falúas...

Había sido educada en las Salesas; sabía Geografía y todos los ríos de la China; sabía Historia y todos los reyes de Francia; y me llamaba Teodo-

rico Corazón de León por haber yo estado en Palestina. Los domingos, ahora, yo comía en la Pampulla; doña Jesuina hacía un plato de huevos quemados, y su ojo bizco se posaba con agrado en mi faz potente y barbuda de Raposón. Una tarde á la hora del café, Crispín y C.<sup>a</sup> elogió á la Familia Real, su moderación constitucional y la gracia caritativa de la Reina. Después bajamos al jardín; y mientras doña Jesuina regaba sus flores yo, al lado de ella, envolviendo un cigarro, murmuré junto á su hombro:

—¡Ay, doña Jesuina! ¡Cómo sería usted Reina si el Raposo fuese Rey! Ella, colorada, me dió la última rosa del verano.

En vísperas de Navidad, Crispín y C.<sup>a</sup> se acercó á mi mesa, posó el sombrero sobre la página abierta del *Libro de Caja* que yo ennegrecía con cifras, y cruzando los brazos con una sonrisa de lealtad y estimación, murmuró:

—¿Conque Reina si el Raposo fuese Rey? Pero diga el señor Raposo. ¿Hay ahí, dentro de ese pecho, amor verdadero por Jesuina?

Crispín y C.<sup>a</sup> admiraba la pasión y el ideal. Yo iba á decir que adoraba á la señora doña Jesuina como á una estrella remota... Pero recordé la voz altiva del Cristo. Mordí la mentira que palpitaba ya en mis labios, y dije con coraje:

—Amor... amor... no... Pero me parece una hermosa mujer. Además me agrada mucho su dote. Y yo creo que había de ser un buen marido.

—¡Trae esa mano honrada!—gritó la Firma.

\*

Me casé. Soy padre. Tengo coche, la consideración del barrio en que vivo y la encomienda del Cristo. El doctor Margaride, que come á mi mesa todos los domingos, afirma que el Estado, por mi ilustración, mis portentosos viajes y mi patriotismo, me debe el título de barón de Mosteiro. Porque yo compré el *Mosteiro*. El digno magistrado, una tarde, á la mesa, anunció que el horrendo Negrón, deseando ensanchar sus posesiones de Torres, había decidido vender el viejo solar de los condes de Lindoso.

—¡Aquellos arboles, Teodorico—recordó el benemérito hombre,—dieron sombra á su madre! ¡Las mismas sombras cobijaron á su respetable padre, Teodorico!... ¡Yo de mi sé decir que, si tuviese la honra de ser Raposo, no me contenía, compraba el *Mosteiro* y levantaba allí un torreón con almenas! Crispín y C.<sup>a</sup> exclamó:

—¡Cómpralo! Es cosa de familia.

Y en una víspera de Pascua, firmé la escritara que me hacía, después de tantas esperanzas y de tantos desalientos, el señor del *Mosteiro*.

—¿Qué hace ahora ese imbécil de Negrón?—Indagué yo del buen Justino, allí presente, apenas salió el apoderado del sórdido sacerdote.

El fiel amigo hizo crujir sus dedos. El Negrón había heredado la fortuna del padre Casimiro, cuyo cuerpo estaba en el alto de San Juan y el alma en el seno de Dios. Y ahora era íntimo del padre Piñeiro por allá andaba, chupadito, indigestándose con las tremendas comidas del Negrón, echando la lengua fuera ante cada espejo. ¡Y no duraría mucho! De suerte que el Negrón venía á reunir (con excepción de lo que fuera para el Señor de los Pasos de la Gracia que no podía tornar á morir) lo mejor de la fortuna de G. Godiño.

Yo exclamé pálido:

—¡Qué bestia!

—Sí, ¡llámale bestia!... Tiene coche, tiene casa Lisboa, llevó á su lado á Adelina...

—¿Qué Adelina?

—Una de buenas carnes, que estuvo con Eleuterio... Después estuvo, en secreto, con otro, con un bachiller, no sé con quién...

—Yo sí.

—¡Pues esa! La tiene el Negrón con un lujo... Alfombra en la escalera, cortinas de Damasco... ¡todo! ¡Y está gordo! Lo he visto ayer. Me dijo que «sálfa de San Roque cansado de decir amabilidades á un diablo de santo...» ¡Ese Negrón, á veces tiene gracia! Y tiene buenos amigos, labia, influencia en Torres... ¡Cualquier día lo vemos hecho obispo!

Refíreme á mi casa pensativo. Todo lo que yo esperara y amara (hasta Adelina) lo poseía ahora legítimamente el horrendo Negrón... ¡Pérdida pavorosa! Y que no proviniera del cambio de los envoltorios ni de los yerros de mi hipocresía.

Ahora, padre, comendador, propietario, yo tenía una comprensión más positiva de la vida. Y conocía bien que fuera alejado del dinero de G. Godiño simplemente por no haber tenido el coraje de afirmar, en el oratorio de la tía, cuando, en vez de una corona de martirio apareciera sobre el altar una camisa de pecado:

—¡Ahí está la Reliquia! ¡Quise dar á ustedes una sorpresa! No es la Corona de Espinas. ¡Es mejor! ¡Es la camisa de Santa María Magdalena! Ella misma me la dió en el desierto.

Esto lo probaba en seguida con aquel papel escrito en letra correcta: *A mi portuguesito valiente, por lo mucho que gozamos...* Esa era la carta en que la santa me ofrecía su camisa. Allí estaban sus iniciales:—*M. M.*! Allá destacaba esa clara, evidente confesión: «*Lo mucho que gozamos*». ¡Lo mucho que yo gozara en mandar á la santa mis oraciones hacia el cielo y lo mucho que en el cielo gozara la santa al recibir mis oraciones!

¿Y quién lo dudaría? ¿No mostraran los santos misioneros de Praga, en sus sermones, billetes sin franquear remitidos del cielo por la Virgen María? Y ¿no garantiza la *Nación* la divina autenticidad de aquellas misivas que tienen en sus dobleces la fragancia del Paraíso? ¡Los dos sacerdotes, Negrón y Piñeiro, conscientes de su deber y en su natural deseo de buscar columnas donde sostener la Fe oscilante, probarían con la camisa, la carta y las iniciales un milagroso triunfo de la iglesia! La tía Patrocimio caería sobre mi pecho, llamándome «su hijo, su heredero.» ¡Y heme rico! ¡Y heme beatificado! Mi retrato sería puesto en la sacristía de la sede! El Papa me enviaría una bendición apostólica por los hilos del telégrafo.

Así quedaban colmadas mis ambiciones sociales. Y ¿quién sabe? también podrían quedar satisfe-

chas las ambiciones intelectuales de que me había contagiado el doctor Topsisus. Porque tal vez la ciencia, envidiosa del triunfo de la Fe, reclamase para sí esta camisa de María Magdalena como documento arqueológico... Ella podría iluminar oscuros puntos en la Historia de las costumbres contemporáneas al Nuevo Testamento; la confección de camisas en Judea en el siglo primero, el estado industrial de los encajes en Siria bajo la dominación romana... Yo quedaría en la consideración de Europa igual á los Champollión, á los Topsisus, á los Lepsius y otros sagaces resucitadores del Pasado. La Academia gritaría al punto: «¡A mí el Raposo! Renán, ese heresiarca sentimental, murmuraría: «¡Qué suave colega el Raposo!» Sin demora escribiríanse sobre la camisa de Mary sabios libros en alemán, con mapas de mi peregrinación por Galilea. ¡Y heme bien quisto con la Iglesia, celebrado por Universidades, con mi rinconcito seguro en la Bienaventuranza, mi página en la Historia, comenzando á engordar pacíficamente con el dinero de G. Godiño!

¡Y todo esto perdiera! ¿Por qué? Porque hubo un momento en que me faltó aquel *descarado heroísmo de afirmar* que crea, á través de la universal ilusión, Ciencias y Religiones.

FIN

